

CAPÍTULO VII.

TESTIMONIOS PARTICULARES DE LA IGLESIA GALICANA.

El Clero de Francia en su Asamblea general de 1626 llamaba al Papa «Cabeza visible de la Iglesia universal, Vicario de Dios en la tierra, Obispo de los Obispos y de los Patriarcas; en una palabra, sucesor de san Pedro, en quien tuvo su principio el Apostolado y el Episcopado, y sobre quien Jesucristo fundó su Iglesia dándole las llaves del cielo, con la infalibilidad de la fe, que se ha visto durar inmutablemente en sus sucesores hasta nuestros días¹.»

A fines del mismo siglo oímos exclamar á Bossuet con los Padres de Calcedonia: «Pedro está siempre vivo en su silla²;» y en seguida: «Apacientad mi grey, y con ella también á los Pastores, QUE RESPECTO DE VOS SERÁN OVEJAS³.»

El mismo en su famoso Sermon sobre la unidad, pronuncia decididamente estas palabras: «La Iglesia romana no conoce la herejía: la Iglesia romana es siempre virgen... Pedro es siempre en sus sucesores el fundamento de los fieles⁴.» Su amigo, el gran defensor de las máximas galicanas, dice también resueltamente: «LA IGLESIA ROMANA JAMÁS HA ERRADO... Esperamos que Dios no permitirá jamás que

¹ Este texto se halla en muchas partes; y si no se tienen á mano las *Memorias del Clero*, se puede ver en *les Remarques sur le système gallicane*, etc. in 8: Mons, 1803, pag. 173 et 174.

² Bossuet, *Sermon de la Resurreccion*, part. II.

³ Bossuet, *Sermon de la Resurreccion*, part. II. * En el *sermon de la unidad de la Iglesia*, siguiendo el pensamiento y aun casi las palabras de san Eucherio de Lyon, dice también: «Á san Pedro se le ordena que apaciente y gobierne toda la grey, los corderos y las ovejas, los hijos y las madres, y aun los pastores mismos: pastores respecto de los pueblos, pero ovejas respecto de Pedro (núm. 13).»

⁴ Bossuet, *Sermon de la Resurreccion*, part. I.

«el error prevalezca en la Santa Sede de Roma, como ha sucedido en las otras Sillas apostólicas de Alejandría, de Antioquia y de Jerusalem, porque Dios ha dicho: *Yo he rogado por ti*, etc.¹.»

El mismo conviene también en otra parte que «el Papa es tan superior nuestro en lo espiritual, como lo es el Rey en lo temporal;» y aun los Obispos que acababan de firmar los cuatro artículos de 1682, en una carta circular dirigida á todos sus colegas, concedían al Papa *el poder soberano eclesiástico*².

Los días terribles y espantosos que acaban de pasar, han presentado también en Francia un homenaje muy notable á los buenos principios. Se sabe que en 1810 encargó Bonaparte á un Consejo eclesiástico respondiese á ciertas preguntas de disciplina fundamental, muy delicadas en las circunstancias de aquel tiempo; y la respuesta de los diputados sobre la cuestion que estamos tratando fue en extremo terminante. «Un Concilio general, decían, no puede celebrarse sin la Cabeza de la Iglesia: de otro modo no representaría la Iglesia universal. Fleury lo dice expresamente³: La autoridad del Papa siempre ha sido necesaria para los Concilios generales⁴.»

¹ Fleury, *Discurso sobre las libertades de la Iglesia galicana*.

² *Nuevos opúsculos de Fleury*: París, 1807, en 12.º, pág. 111. — *Correcciones y adiciones á los mismos opúsculos*, en 12.º, página 32 y 33.

³ *Discurso IV sobre la Historia eclesiástica*. ¿Y qué importa que Fleury lo haya dicho ó no lo haya dicho? ¡Ah! Fleury es un ídolo del Panteon francés. En vano demostrarían mil plumas que no hay historiador menos á propósito para servir de autoridad: muchos franceses no lo creerán. *Fleury lo ha dicho*: basta. * Véase sobre Fleury el t. VI de la *Biblioteca de Religion*, pág. 280.

⁴ Véanse los *Fragmentos relativos á la Historia eclesiástica, de los primeros años del siglo XIX*: París, 1814, en 8.º, pág. 113. — Yo no examino aquí lo que uno ú otro poder pueda tener que disputar con tal ó tal individuo de esta comision; pero todo hombre de honor debe aplaudir sinceramente la noble y católica intrepidez que dictó estas respuestas.

Es verdad que por hábito, ó sea cierta rutina francesa, los diputados llegaron á decir durante el curso de la discusion, que *el Concilio general es la única autoridad en la Iglesia que sea superior al Papa*; pero al instante vuelven en sí, y añaden: *mas podría suceder que el recurso (al Concilio) fuese imposible, ya porque el Papa rehusase reconocer el Concilio general, ya, etc.**

En una palabra, desde la aurora del Cristianismo hasta nuestros dias, no se encontrará que haya variado este uso; y los Papas han sido mirados siempre como los Jefes supremos de la Iglesia, y siempre han ejercido en ella sus poderes.

* Á estos testimonios pudieran añadirse otros muchos de sábios escritores y prelados franceses; pero no es posible decirlo todo en un libro, y mas cuando se trata de no ser difuso. Sin embargo, recomendamos la lectura de las *Cartas* del último arzobispo de Burdeos el señor D'Aviau, muerto en 1826, reconocido por el Hilario del siglo; y entre ellas particularmente las dirigidas al Sr. de Frayssinous y al señor Duclaux, general de la congregacion de San Sulpicio.

CAPÍTULO VIII.

TESTIMONIO JANSENISTA.—TEXTO DE PASCAL, Y REFLEXIONES
SOBRE EL PESO DE CIERTAS AUTORIDADES.

Esta série de autoridades, de las que no presentamos sino una pequeña muestra y ligera indicacion, es sin duda sufficientísima para convencer á cualquiera; no obstante, hay aun en ellas acaso algo mas notable, y es ese sentimiento general que resulta de una lectura atenta de la Historia eclesiástica. En ella se siente, si nos es permitido explicar así, una cierta *presencia real* del Soberano Pontífice en todos los puntos del mundo cristiano. En todas partes se le halla, en todo interviene, todo lo ve, y de todas partes se fijan en él los ojos. Pascal expresó bien este sentimiento cuando decía: «No se debe juzgar de lo que es el Papa por algunas palabras sueltas de los Padres... sino por las acciones de la Iglesia y de los Padres, como tambien por los cánones. El Papa es el primero. ¿Qué otro hay á quien todos conozcan? ¿Qué otro hay reconocido de todos como que tenga poder de influir en todo el cuerpo, como el tronco influye en todas las ramas?»

Con mucha razon añade Pascal: *¡Regla importante!* Pues seguramente nada es mas importante que juzgar no por uno ú otro hecho aislado ó ambiguo, sino por el conjunto de ellos: no por tal ó por tal frase, escapada á uno ú otro escritor, sino por el conjunto y el espíritu general de sus obras.

Es necesario además no perder de vista aquella grande regla, demasiado descuidada cuando se trata de este asunto

¹ *Pensées de Pascal*: París, 1803, en 8.º, t. II, part. II, art. 17, núm. 92 y 94, pág. 228.

² *Ibid.* núm. 93.

to, aunque sea en verdad regla de todos los tiempos y lugares, á saber: «que el testimonio de un hombre, por grande «que sea su mérito, no debe ser recibido cuando tiene con- «tra sí la sospecha de que procede llevado de alguna pasion «capaz de engañarle.» Las leyes inhihen ó recusan á un juez ó un testigo que se hace sospechoso, por esta razon, y aun por la simple consideracion de parentesco; y esta sospecha legal no deshonna al mayor personaje, ni al carácter mas universalmente venerado; pues á ningun hombre, cualquiera que sea, se le deshonna cuando se le dice *que es hombre*.

Así, pues, cuando Pascal defiende su secta contra el Papa, no debe hacerse caso de lo que dice; pero es menester escucharle cuando tributa á la supremacia del Papa el testimonio que acaba de leerse.

Que un corto número de Obispos designados, estimulados ó aterrados por la autoridad, se permitan decidir sobre los límites de la Soberanía que tiene derecho de juzgarles, es una desgracia y nada mas: á la verdad no se sabe lo que son. Mas cuando algunos personajes del mismo orden, legítimamente congregados, pronuncian con calma y libertad una decision, como la que hemos visto al principio del capítulo anterior, sobre los derechos y la autoridad de la Santa Sede ¹, entonces se oye verdaderamente la voz del célebre Cuerpo, del cual se dicen representantes: *el es verdaderamente quien habla*; y si algunos años despues otros Obispos fulminan actos contra lo que ellos llaman justamente LAS SERVIDUMBRES DE LA IGLESIA GALICANA, al mismo ilustre Cuerpo es á quien se oye, y al que debe creerse ².

Cuando san Cipriano, hablando de algunos genios inquietos de su tiempo, dice: «Ellos se atreven á dirigirse á la cá- «tedra de san Pedro, á esta Iglesia suprema donde tuvo su «origen la dignidad sacerdotal... ignoran que el error ó la

¹ Véase la última nota del capítulo anterior.

² *Servitutes potius quam libertates*. (Véase el t. III de la *Collec. des procès verb. du Clergé*, piéc. justific. num. 1).

«perfidia no puede tener acceso en los romanos ¹;» verdaderamente es san Cipriano quien habla, y es un testigo irrecusable de la fe de su siglo. Pero cuando los adversarios de la monarquía pontifical nos citan, *usque ad nauseam*, las vivacidades de este mismo san Cipriano contra el papa san Estéban, ciertamente nos pintan la pobre humanidad en lugar de describirnos la santa tradicion. Esta es precisamente la historia de Bossuet. ¿Quién ha conocido mejor que él los derechos de la Iglesia romana, ni ha hablado de ellos con mas verdad y elocuencia? Sin embargo este mismo Bossuet, acalorado por una pasion que no veia en el fondo de su corazon, no temió escribir al Papa con la pluma de Luis XIV: «Que si Su Santidad prolongaba aquel negocio por medio de «contemplaciones que no se comprendian, el Rey sabria lo «que debia hacer; y que esperaba que el Papa no daria lugar á reducirle á tan desagradables extremidades ².»

San Agustin, conviniendo francamente en las faltas de san Cipriano, espera que *el martirio de este insigne Santo las habria expiado todas* ³. Esperamos, y aun creemos, que una larga vida consagrada enteramente al servicio de la Religion, y tantas insignes obras, que no han ilustrado menos la Iglesia que la Francia, habrán hecho desaparecer algunas faltas, ó si se quiere, algunos movimientos involuntarios, *quos humana parum cavit natura*.

Mas nunca olvidemos la advertencia de Pascal de no hacer mucho mérito de *algunas palabras sueltas de los Padres*, y mucho menos de otras autoridades, que no valen tanto como las palabras fugitivas de los Padres. Considerando tranquilamente *sus acciones y los cánones* ⁴, y ateniéndonos siem-

¹ «*Navigare audent ad Petri Cathedram atque ad Ecclesiam principalem unde dignitas sacerdotalis orta est... nec cogitare eos esse Romanos ad quos perfidia habere non possit accessum.*» (*S. Cyp. epist. LV.*)

² *Historia de Bossuet*, t. III, lib. X, núm. 18, pág. 331.

³ *Martyrii falce purgatum*. Es un texto vulgar.

⁴ Pascal, *ubi supra*.

pre al conjunto de las autoridades, y descartando, como es justo, aquellas que las circunstancias hacen nulas ó sospechosas, creemos que todo hombre de un espíritu recto sentirá la fuerza de mi última observacion.

CAPÍTULO IX.

TESTIMONIOS DE LOS PROTESTANTES.

Es necesario que la monarquía católica sea muy cierta, y muy evidentes las ventajas que de ella resultan, cuando los Protestantes mismos dan tantos testimonios así á la evidencia, como á la excelencia de este sistema, que de ellos podrían formarse libros: mas sobre este punto, así como sobre el de las Autoridades católicas, debo reducirme infinito; diré algo.

Principiemos, como es de toda justicia, por Lutero, el cual dejó caer de su pluma estas memorables palabras: «Doy gracias á Jesucristo por haber conservado sobre la tierra una Iglesia única por un gran milagro... de manera que jamás se ha desviado de la verdadera fe por ningun decreto¹.»

¹ Lutero citado en la *Historia de las variaciones*, lib. I, núm. 21.
* «Pues que entraba en los designios de Dios, dice tambien en otra parte (*De loc. commun. dat. l. 137*), establecer una Iglesia católica extendida en toda la tierra, era de necesidad que escogiese un pueblo, y en este pueblo un padre ó jefe, al cual, y á sus sucesores, se dirigiese todo el resto del mundo, á fin de no hacer mas que un solo rebaño; y de que á pesar de la multitud de naciones, y de la infinita variedad de sus costumbres, la Iglesia conservase su unidad.» Y en su apelacion al Concilio futuro, es decir, segun él, *del Papa mal informado al Papa mejor informado*, se expresaba así: «No es mi intento decir la cosa mas mínima contra la santa Iglesia católica y apostólica, que miro como la señora y maestra del mundo, y como revestida del primado, ni contra la autoridad de la Santa Silla apostólica, y el poder de nuestro Santo Padre; porque el que representa á Dios sobre la tierra, y llamamos Papa, es el Vicario de Jesucristo.» Pudieran citarse otros muchos testimonios suyos, tomados del *Tratado de Missa privata*, de la *Epistola á Leon X*, etc.; mas bastan estos: solo queremos recordar á los fieles, que cuando luego se juntó el Concilio que pedian, Lutero y sus secuaces no quisieron reconocerle; y desecharon al Pa-

«En la Iglesia, dice Melancton, se necesitan inspectores * para conservar el orden, observar atentamente á los que son llamados al ministerio eclesiástico, y velar sobre la doctrina de los sacerdotes, y para ejercer los juicios eclesiásticos: de modo, que si no hubiese tales Obispos, SERIA MENESTER CREARLOS. LA MONARQUÍA DEL PAPA serviria tambien mucho para conservar entre diferentes naciones la uniformidad en la doctrina ¹.»

Á estos sigue Calvinó. «Dios, dice, ha colocado el trono de su Religión en el centro del mundo, y en él ha puesto un Pontífice único, hácia el cual todos deben volver los ojos para mantenerse mas fuertemente en la unidad ².»

El docto, el prudente, el morigerado Grocio declara sin rodeos, que «sin el primado del Papa no habria absolutamente medio de terminar las disputas y de fijar la fe ³.»

pa bien informado, como antes al Papa que decian mal informado. Aviso á los que aparentan ese celo amargo sobre la reforma de la Iglesia, sutilizando sobre la extension y ejercicio de la autoridad del romano Pontífice, no concediéndole sino lo que les agrada, y negándole lo que no les acomoda. ¿No obedecen al Papa? ¿Desestiman sus decisiones? Igualmente desestimarían las de los Concilios. (Barruel, *Du Pape*, II, 339).

* Es decir, obispos; pues este es el significado propio de esta voz. *Episcopos: inspectores.*

¹ Melancton se explica de un modo admirable cuando dice: *La monarquía del Papa*, etc. (Bossuet, *Historia de las variaciones*, libro V, § 24).

² «Cultus sui Sedem in medio terrae collocavit, illi UNUM ANTISTITEM praefecit, quem omnes respicerent, quo melius in unitate continerentur.» (Calv. inst. 6, § 14). No tengo dificultad en considerar en esta parte con Calvino á Roma como el centro de la tierra; pues creó que aquella gran ciudad tiene tanto derecho como la de Delfos para llamarse *umbilicus terrae*.

³ «Sine tali primatu exire à controversiis non poterat, sicut hodie apud Protestantés, etc.» (Grot. *Votum pro pace Eccles.* art. 7, opert. 4: Bal. 1731, pag. 658). — Una dama protestante ha comentado este texto con mucha agudeza y juicio así: «El derecho de examinar lo que debe creerse, es el principio fundamental del Protestantismo. Los primeros reformadores no lo entendían así. Creían poder fijar las columnas de Hércules del espíritu humano en los términos de sus pro-

Casaubon no tiene dificultad en confesar que «á los ojos de todo hombre versado en la Historia eclesiástica, el Papa es el instrumento de que Dios se ha servido para conservar el depósito de la fe en toda su integridad, durante tantos siglos ¹.»

Segun la observacion de Puffendorf, «no se puede dudar que el gobierno de la Iglesia es monárquico, y necesariamente *mente monárquico*; porque la democracia y la aristocracia se encuentran excluidas de él por la misma naturaleza de las cosas, como absolutamente insuficientes para mantener el orden y la unidad en medio de la agitacion de los espíritus y del furor de los partidos ².» Y añade con muchísimo juicio: «La supresion de la autoridad del Papa ha sembrado en el mundo infinitas semillas de discordia; pues no habiendo ya ninguna *autoridad soberana* para terminar las disputas que se suscitaban en todas partes, se ha visto á los Protestantes dividirse entre sí mismos, y con sus propias manos despedazarse las entrañas ³.»

Lo que dice de los Concilios no es menos razonable: «Decir que el Concilio sea superior al Papa, es una proposicion que debe llevar naturalmente tras sí el asentimiento de los que se atienen solo á la razon y á la Escritura ⁴; pero que los que miran á la Silla de Roma como el centro de todas las iglesias, y al Papa como el Obispo ecuménico, adopten tambien este mismo sistema, es un absurdo; porque la proposicion que pone al Concilio superior al Papa, establece

«pias luces; mas no tenían motivo alguno para esperar que sus decisiones serian recibidas como infalibles, cuando ellos negaban este género de autoridad á la religion católica.» (*De l'Allemagne*, par Mad. Staël, IV partie, chap. 2, in 12, pag. 13).

¹ «Nemo peritus rerum Ecclesiae ignorat opera Rom. Pont. per multa saecula Deum esse usum in conservanda... fidei doctrina.» (Casaub. *Exer. 13, in Annal. Bar.*).

² Puffendorf, *De Monarch. Pont. Rom.*

³ «Furere Protestantés in sua ipsorum viscera coeperunt.» (Ibid.).

⁴ Por estas palabras designa Puffendorf á los Protestantes.

«una verdadera aristocracia; y la Iglesia romana es una monarquía¹.»

Examinando Mosheim el decantado sofisma de los Janseistas de que el Papa es superior á cada iglesia en particular, mas no de todas las iglesias reunidas, se olvida de su fanatismo anticatólico, y siguiendo las reglas de una exacta lógica, les responde irónicamente: «Con igual razon se podría sostener que la cabeza preside á cada miembro en particular, mas no á todo el cuerpo que es el conjunto de todos estos miembros; ó bien, que un rey manda verdaderamente á las ciudades, villas y aldeas que componen una provincia, mas no á la provincia misma².»

Un doctor inglés hizo á su misma Iglesia este argumento tan sencillo y fuerte, que se ha hecho célebre. Decia, pues: «Si la supremacía de un Arzobispo (el de Cantorbery) es necesaria para mantener la unidad de la Iglesia anglicana, ¿por qué la supremacía del Soberano Pontífice no lo será también para mantener la unidad de la Iglesia universal³?»

No menos notable es la confesion del ingénuo Seckenberg* acerca de la administracion de los Papas: «No hay un solo ejemplo en toda la historia de que un Sumo Pontífice haya perseguido á los que, conteniéndose en sus derechos legítimos, no hayan intentado excederse de ellos⁴.»

¹ «...Id quidem non parum absurditatis habet, quum status Ecclesiae monarchicus sit.» (Puffendorf, *De habitu Relig. Christ. ad vitam civilem*, § 38).

² «Id tam mihi scitum videtur, ac si quis affirmaret membrum quidem à capite regi, etc.» (Mosheim, t. I). *Diss. ad hist. eccles. pertin.* pag. 542).

³ «Si necessarium est ad unitatem in Ecclesia (Angliae) tuendam unum Archiepiscopum aliis praeesse; cur non pari ratione totae Ecclesiae Dei unus praeerit Archiepiscopus?» (Cartwright, *in defens. Wirgisti*).

* Célebre jurisconsulto aleman, muy adicto á la religion protestante.

⁴ «Iure affirmari poterit ne exemplum quidem esse in omni rerum memoria ubi Pontifex processerit adversus eos qui iuribus suis in-

Seria muy fácil multiplicar estos testimonios; pero es menester abreviar; sin embargo, añadiré uno que no es tan conocido como merece serlo, y que puede servir por otros muchos. Un ministro del *santo Evangelio** es el que va á hablar, y aunque no tengo derecho á nombrarle, porque ha juzgado conveniente no dar su nombre, sé muy bien de quién hablo, y á quién he de dirigir esta prueba de mi estimacion.

«No puedo menos de confesar, dice, que la primera mano profana que se extendió al incensario fue conducida por Lutero y Calvino, cuando bajo el nombre de *Protestantismo* y de *Reforma* introdujeron un cisma en la Iglesia; cisma fatal que no ha sabido hacer, sino por una escision absoluta, las modificaciones que Erasmo hubiera introducido de una manera mas suave, por medio del ridículo que sabia manejar tan diestramente. Si, los reformadores son los que, tocando al arma contra el Papa y contra Roma, han dado el primer golpe al coloso antiguo y respetable de la jerarquía romana, é inclinando los espíritus de los hombres á la discusion de los dogmas religiosos, los han preparado para discutir los principios de la soberanía, y socavado con la misma mano el trono y el altar...

«Llegado es ya el tiempo de volver á reparar este soberbio palacio, destruido con tanto estruendo... Acaso llegó ya el momento de hacer volver al seno de la Iglesia á los Griecenti, ultra limites vagari in animum non induxerunt suum.» (Heur. Christ. Seckenberg, *Method. iurisp.* addit. 4; *De libert. Eccles. Germ.* § 3. * Y en otro lugar: «Es necesario que haya y reine orden en la Iglesia cristiana, y por lo mismo que ella tenga una cabeza ó jefe para mantener este orden. Y nadie es mas propio para esto que el Vicario de Jesucristo, quien por una sucesion no interrumpida representa á san Pedro.»

* Entiende en estas palabras un ministro ó predicante luterano, pues este es el nombre con que ellos quisieron distinguirse. Lo advertimos, porque los sencillos no lleguen á creer que es un católico. En gracia de ellos, lo hemos dicho otra vez, explicamos á veces cosas sumamente triviales. Nos lo han rogado algunos, y particularmente somos deudores á estos; que los sábios no necesitan de nuestra inutilidad.

«gos, á los Luteranos, á los Anglicanos y los Calvinistas... Á
«vos os toca, Pontífice romano... mostraros el Padre de los
«fieles volviendo al culto su pompa, y á la Iglesia su uni-
«dad ¹. Á vos os toca, sucesor de san Pedro, restablecer la
«Religion y las costumbres en la Europa incrédula... Los
«mismos ingleses, que fueron los primeros en sustraerse de
«vuestro imperio, son hoy vuestros mas celosos defensores;
«y ese Patriarca, que en Moscou era vuestro rival en poder,
«no está acaso muy distante de reconoceros ²... Aprovechad,
«pues, ó Santo Padre, el momento y las disposiciones favo-
«rables: *El poder temporal se os desvanece*: volved á tomar el
«espiritual; y *haciendo sobre el dogma los sacrificios que las*
«*circunstancias exigen*, uníos á los sábios cuya pluma y cuya
voz mandan á las naciones. Dad á la Europa incrédula una
«religion simple ³, pero uniforme; y sobre todo, una moral
«purificada, y seréis proclamado digno sucesor de los Após-
«toles ⁴.»

No nos paremos en estos antiguos restos de preocupacio-
nes, que son tan difíciles de arrancar aun de las cabezas mas
sanas cuando una vez han llegado á echar raíces. Pasemos
por *este poder temporal que se le desvanece al Sumo Pontífice*,
como si nunca hubiera debido restablecerse. No hagamos
alto de ese consejo de *volver á tomar el poder espiritual*, co-

¹ Siempre la misma confesion: *Sin él no hay unidad*.

² El autor podia tener algunas fundadas esperanzas acerca de los
ingleses, que en efecto, segun todas las apariencias, deben ser los pri-
meros en volver á la unidad; mas se equivoca mucho respecto de los
griegos, que están mucho mas apartados de la verdad que los ingle-
ses. Por otra parte, ya hace un siglo que no hay patriarca en Moscou.
En fin, el arzobispo ó metropolitano que ocupaba la silla de Moscou
en 1797, era sin contradiccion alguna, entre todos los obispos que han
llevado la mitra rebelde, el menos dispuesto á volverla al círculo de
la unidad.

³ ¡Cuánto hubiera deseado que el estimable autor hubiese expli-
cado en una nota qué entendia por una religion SIMPLE! Si acaso era
una religion *corregida y disminuida*, podia estar seguro que el Papa
no admitiria esta idea.

⁴ *De la necesidad de un culto público*: L... 1797 in 8. (Conclusion).

mo si jamás él se hubiese suspendido, ni sobre el otro aun
mas extraordinario de *hacer sobre el dogma los sacrificios que*
las circunstancias exigen, que es decir puramente en otros tér-
minos, *que nos hagamos todos Protestantes, para que no los*
haya. Pero en lo demás, ¡qué prudencia! qué lógica! ¡qué
confesiones tan sinceras y preciosas! ¡Qué esfuerzo tan admi-
rable sobre las preocupaciones nacionales! Al leer este trozo
se ofrece á la memoria aquella antigua máxima: — *Del ene-*
migo el consejo; si es que puede llamarse *enemigo* quien con
una conciencia ilustrada se aproxima tanto á nosotros.

Terminaremos este capítulo con dos testimonios importan-
tes, tomados acaso de los mas sábios y respetables escritores
que ha producido el Protestantismo. Muller y Bonnet son los
que van á hablar; escuchémoslos.

El primero escribia en 3 de abril de 1782 al segundo en
estos términos: «El Imperio romano pereció como el mun-
«do antediluviano, cuando su masa impura se hizo indigna
«de la proteccion divina; pero el Padre eterno, no querien-
«do abandonar el mundo á la triste suerte que al parecer le
«esperaba, habia sembrado de antemano una semilla que
«debía fructificar. Cuando la gran catástrofe, los bárbaros
«pudieron destruirlo; y mil años de tinieblas podian bien
«apagar las luces de la vida. Mas estos mil años eran nece-
«sarios, porque nada en el mundo se hace súbitamente: era
«preciso educar á los bárbaros, nuestros padres; hacerles
«pasar por entre mil errores antes que la verdad pudiese
«manifestárseles en toda su hermosura y sencillez, sin des-
«lumbrarlos. Y ¿qué sucedió? Que *Dios les dió un tutor*, y
«*este fue el Papa*, cuyo imperio, como que se apoyaba sola-
«mente en la opinion, debió afirmar y extender las grandes
«verdades, *de que su ambicion creía servirse, cuando Dios era*
«*el que se servia de su ambicion*. ¿Qué hubiera sido de nos-
«otros sin el Papa? Lo que ha sido de los turcos, que no ha-
«biendo adoptado la religion bizantina *, ni sometido su Sul-

* Es decir, la religion cristiana, que era la de Constantinopla (an-
tiguamente *Bizancio*), al tiempo de la conquista por los turcos.

«tan al sucesor del Crisóstomo, han quedado estancados en su barbarie.»

Bonnet le respondió el 11 de octubre del mismo año : «Puedo aseguraros que vuestro modo de contemplar el imperio papal es puntualmente el mismo que yo he adoptado en mi plan; yo le presento como un árbol muy grande, á cuya sombra se conservaba la verdad, para llegar un día á ser un árbol mucho mayor, que haria secar al otro que no debe durar mas que *un tiempo y un tiempo y la mitad de un tiempo* ¹.»

Sería muy fácil multiplicar estos testimonios; pero es necesario abreviar y pasar rápidamente á presentar otros de otra clase *.

¹ *Joh. von Müller sämtliche werke; funfzehnter theil*, in 8: Tübingen, 1812, pág. 336, 342 y 43. * En estas últimas palabras hace alusion á aquellas del Apocalipsis: *Per tempus, et tempus, et dimidium temporis*. * Por divertir la curiosidad del lector he querido presentar las ideas apocalípticas del ilustre Bonnet, que miraba el estado actual del Catolicismo como el tránsito para otro orden de cosas infinitamente superior, y que no tardaria en verificarse. Estas ideas que bullen hoy en muchas cabezas (de protestantes y sus fanáticos sectarios, se entiende que no tienen mas regla que la llamada *inspiracion interior*) pertenecen á la historia del espíritu humano. * (*Véase lo dicho en el tomo XII de la Biblioteca sobre los entusiastas Protestantes, carta VI*).

* Nosotros tambien lo deseamos; sin embargo, permítasenos añadir uno de los mas notables, y acaso mas elocuentes, que nos suministra el célebre Haller, testimonio que nos hará reconocer hay circunstancias en que las piedras hablan para defender á la Iglesia y á su jefe. ¿Se escapa, dice este hombre á todas luces sabio, se desliza á los malos católicos un error ó una inconsecuencia? Al punto es refutada por los Protestantes. En aquella época desgraciada en que los Iluminados de Alemania disponian, como se sabe, de los ministerios de los Reyes, y no viendo en ellos mas que unos instrumentos de su doctrina, habian ganado al emperador José II, y suscitado á la Iglesia una persecucion que el venerable pontífice Pio VI procuró atajar haciendo su viaje á Viena, un austriaco llamado *Eybel* escribió un folleto intitulado: *¿Quién es el Papa?* donde lo trataba descaradamente de simple Obispo, dando ya á conocer por el hecho cómo trataria bien pronto á los Obispos mismos. Entonces el protestante Juan

Müller, historiador de la Suiza, republicano de ideas y de nacimiento, pero indignado de la injusticia, publicó un librito con el título de: *Los viajes de los Papas*, en el cual se expresa así acerca de Eybel: «Se dice que el Papa es un Obispo; en efecto, del mismo modo que María Teresa (*la Emperatriz*) es la condesa de Habsbourg, y Federico II (*de Prusia*), conde de Tollern. Se sabe que Papa coronó á Carlomagno, é hizo de él el primer Emperador. Pero ¿quién es el que hizo el primer Papa? Sí, el Papa es un Obispo; pero es además el Padre Santo, el Sumo Pontífice, el gran Califa ó Doctor (como lo llamaba Abuledaf, príncipe de Hamat) de todos los reinos y principados, de todos los señoríos y de todas las ciudades, en las regiones de Occidente, y que domesticó y suavizó por la Religión la aspereza genial y feroz juventud de nuestros Estados. Léjos de ser temible, poderoso solo por sus bendiciones, es venerado y respetado en el corazon de millones de personas; es grande como los potentados que honran al pueblo, es el poseedor de una autoridad ante la cual han pasado, por el espacio de diez y siete siglos, desde la casa de César hasta la dinastía de Habsbourg, numerosas naciones y todos sus héroes, y aun han desaparecido: *Este es el Papa.*» (*Mémoires Catholiques*, juillet de 1826).